

escrito a máquina

El Hombre en la Luna



En una región asiática rodeada de ríos —en Mesopotamia— y en la madrugada de la historia, brotó la primera semilla de la Civilización humana. Poco a poco la semilla dio frutos y las civilizaciones fueron sucediéndose en relevo hacia el Este (Persia, India, Siam, China, Japón...) y hacia el Oeste (Asiria, Fenicia, Palestina, Egipto...).

Cuando las grandes civilizaciones de Asia y Africa existían ya, Europa seguía aún en la prehistoria, pero, por una misteriosa conjunción de elementos, al saltar la semilla civilizada de Fenicia y Egipto hacia Creta, comenzó a gestarse un proceso nuevo de Civilización de un inaudito dinamismo y de una potencialidad cuyas ondas expansivas no sólo no han cesado desde entonces sino que hoy mismo han saltado fuera de la Tierra y parecen proyectarse avasalladoramente hacia el cosmos.

Todo comenzó en esa pequeña isla del Mediterráneo llamada Creta. Una leyenda lo ha convertido en mito: "Europa era una bellísima mujer, de piel muy blanca, que habitaba en Fenicia, país asiático donde su padre Agenor era rey. Un día la descubrió Zeus jugando con sus amigas a la orilla del mar. El dios se quedó prendado de ella y se metamorfoseó en un hermoso y manso toro para acercársele. Confiada, Europa montó sobre el lomo del animal. Apenas lo hizo, el toro se lanzó al agua y atravesó el mar con la joven asiática encima hasta llegar a la isla de Creta. Allí el toro se reveló quién era e hizo suya a Europa produciendo una descendencia nueva".

Lo interesante del mito es su proyección incesante. De Creta, Europa es transportada a Grecia. De Grecia a Roma. Roma muere y renace en las diversas culturas e imperios europeos, hasta que le corresponde a España y luego a Inglaterra recoger la tradición y transportar a Europa —otra vez el toro atraviesa el mar!— a un nuevo continente. Cinco siglos después el mito recobra vida: América carga sobre su lomo la milenaria civilización y va a transportarla fuera de la tierra. ¿Hacia dónde? ¿Qué significa y hacia dónde nos lleva este nuevo ciclo en el desplazamiento de la Civilización humana? Un doce de octubre mil veces más enigmático abre sus interrogaciones al poner su pie el hombre en la Luna.

Pero fijémonos en la dirección que ha seguido este proceso en relevo de las Civilizaciones. Marca una verdadera órbita. Viene desplazándose de Este a Oeste, de Asia a Europa, de Europa a América. En América la órbita se completa —se redondea la esfera terrestre— y entonces, en vez de seguir girando, salta hacia afuera. Es el mismo giro de los astronautas para partir. Pareciera que el dinamismo nuclear de nuestra Civilización se resiste a cualquier repetición o regreso. Una vez redondeada la Tierra, su impulso se dirige hacia los otros planetas. La universalidad del hombre ya no se limita —como antaño se creía— a la bola del mundo: su ámbito es el universo cósmico.

Mirando anoche el estupendo documental cinematográfico del viaje del Apolo 10 a la Luna me preguntaba, dentro de mí ¿cuáles serán, cuáles las verdaderas presiones que están lanzando al hombre a esta expansión hacia los otros planetas? ¿La sed de conocimiento? ¿La competencia de las armas nucleares y de sus cohetes? ¿El proceso de desarrollo de la misma técnica? ¿No existirá también, debajo de todo, la toma de conciencia cada vez más aguda del crecimiento de la población mundial? Presionada por su propio crecimiento, la especie humana al saltar hacia la Luna ¿no estará abriendo una puerta para despejar el camino de su evolución?

Las preguntas me brotaban porque acababa de leer los sorprenden-

tes cálculos de Isaac Asimov sobre la explosión demográfica. Dice Asimov "que la isla de Manhattan (parte de la ciudad de Nueva York) tiene una extensión de veintidós millas cuadradas y una población estable de 1.750.000. Al mediodía cuando la gente acude a Manhattan de los barrios adyacentes (de Bronx, Brooklyn, etc.) la población es de dos millones y medio. Y dice Asimov: "Supongamos que toda la Tierra estuviera cubierta de gente como lo está Manhattan a la hora del almuerzo. Supongamos que el desierto de Sahara y el Himalaya estuvieran poblados con esa densidad, y también Groenlandia y el Antártico y todos los rincones de la Tierra. Supongamos incluso que cubrimos el mar entero con una superficie flotante y la hacemos habitable. La superficie total del planeta es de doscientos millones de millas cuadradas. La población total sería entonces de veinte trillones de seres humanos". Y Asimov se pregunta: ¿Cuánto tiempo ha de transcurrir para que esto suceda, según el ritmo progresivo actual? Solamente quinientos años! Exactamente 584 años. Y si seguimos haciendo cálculos no necesitamos más que dos mil años para congestionar como Manhattan a todos los planetas del Sistema Solar.

Para mí es difícil ver con ojo pesimista o catastrófico el destino del hombre. Yo creo en Dios. Creo que la evolución y la historia del hombre tienen un significado y una meta sublimes; y esta misma explosión demográfica, que a tantos alarma, a mí me parece una muestra de la potencialidad humana y la verdadera plataforma de lanzamiento del hombre hacia los astros...

La geología, la paleontología, la arqueología y las demás ciencias del pasado terrestre y humano nos han descubierto —precisamente en el momento en que comenzábamos a dominar el aire y el espacio— una historia del hombre mucho más antigua y lejana de lo que se creía y que hace retroceder, en miles de años, el comienzo de la especie humana. Si estas nuevas medidas y conocimientos de la historia humana las usamos para proyectar el porvenir, cómo no pensar en una futura colonización del sistema planetario? ¿Quién le iba a decir a nuestro lejano bisabuelo del paleolítico que esta semana un descendiente suyo, un hombre, pondrá pie en el pálido rostro de la diosa de la noche? Y al paleotécnico de hoy, a ese que vemos con mil cautelas, escafandras y lentos pasos encaminarse por el espacio a la Luna ¿cómo lo mirarán los hombres del siglo XXV o XXX? Hace apenas 477 años tres pequeños barcos, con unos pocos hombres, en el colmo de la osadía, cruzaban el Atlántico con Colón. Hoy ¿cuántos miles de hombres cruzan al día por aire y por mar el Atlántico? Pero, retrocedamos más. Pensemos en el hombre cuando comenzaba a poblar la Tierra. Comienzan, lentamente, a formarse las razas y las adaptaciones. El negro de Africa, el hombre de ancho tórax de las regiones andinas o del Himalaya. El esquimal de los hielos, etc. Clima, geografía, historia van dándole a cada grupo humano características adaptadas a sus situaciones y vida. ¿Por qué no pensar en los futuros hombres adaptados a la Luna, adaptados a Marte o a Venus? Por qué no creer que los futuros marcianos, los venusinos, los hombrercitos estelares que hoy nuestra imaginación dibuja serán mañana nuestros propios descendientes, los que se fueron, los que cruzaron el mar vacío, los emigrantes de la Tierra superpoblada que se fueron a fundar nuevos Nuevayores y nuevas Buenos Aires en los planetas y los astros?

Todo lo que el hombre piensa puede ser posible. Antes llamábamos a la imaginación "la loca de casa". Hoy se ha graduado en Ingeniería espacial "cum laudes".

PABLO ANTONIO CUADRA